

Opinión

EN CARICATURAS

Cumpleaños



Alerta 'amarilla'



No olvidemos al Chocó

Si literalmente pareciera ‘llover sobre mojado’, en medio de esta coyuntura por el huracán Iota que azotó inclementemente a San Andrés, Providencia y Santa Catalina –además de los conocidos estragos invernales de ‘temporada’ en otras regiones–, no sobra volver sobre el tema de la permanente tragedia en que viven nuestros compatriotas del Chocó.

Imágenes difundidas en estos días –como la del niño consumido entre las ruinas, el lodo y las lágrimas por la desolación y el desamparo– no deberían dejarnos dormir tranquilos: la pobreza en toda su dimensión; viviendas que más parecen del siglo XIX o hasta del Medioevo; comunidades totalmente desoladas; en fin, macabras huellas del terror y la orfandad por dondequiera.

En gran parte del mundo, las poblaciones edificadas cerca de los ríos o el mar son florecientes y prósperas, para el disfrute de sus moradores y visitantes. Pero en Colombia, y sobre todo en nuestra costa Pacífica –aun cuando en la Atlántica se ven poblaciones que ‘habitan’ en medio de las basuras, como algunas cercanas a Santa Marta–, ciudades como Buenaventura, Tumaco, unas de Nariño, otras del Cauca y las del Chocó no parece que siquiera se hubieran asomado al siglo XX.

¿Cómo entender que un departamento que nada en la miseria, en un mar de riqueza –con abundantes recursos naturales, una biodiversidad que envidiarían los europeos, oro y platino, hermosas playas y grandes sitios que lo convertirían en potencia turística y con pobladores afrodescendientes de excepcional inteligencia–, hoy se haya convertido en algo así



¿Dónde está su clase política?

Alfonso Gómez Méndez

como laboratorio de todos los males del país?

Claro que gobiernos como el de Barco le han inyectado recursos al Chocó. Pero no podemos permitir que crezca esa especie de ‘bomba social’ que afecta, además, al departamento fronterizo. Fue muy diciente que al comienzo de la pandemia se desnudara en toda su extensión la crisis de la salud en la región, hasta el punto de que abnegados trabajadores del sector seguían laborando pese a que se les debían meses de salario.

Las vías aún son un desastre. No se han desarrollado proyectos agrícolas ni establecido allí industrias que generen empleo, por lo cual registra uno de los mayores índices de desocupación. El gran empleador sigue siendo el Estado, con todo lo que eso implica como dependencia del clientelismo y la politiquería. Fue, sí, un acierto crear la Universidad Tecnológica del Chocó. Pero sus egresados no encuentran en la región empleo acorde con su preparación y tienen que salir del departamento y aun del país.

Y, para completar, allí se reúnen delincuentes de todos los pelambres para hacer de las suyas: ele-

nos, disidentes de las Farc, Epl y toda esa cantidad de jergas que ocultan el fenómeno paramilitar, aupados con el combustible del narcotráfico que se facilita, irónicamente, por mar y selva, principales fuentes de la riqueza regional.

Hace poco, el Presidente tuvo que trasladarse a Quibdó, pues en plena capital bandas criminales asesinaban a pleno día, tomando el control de la población. El narcotráfico puede ser, sí, el combustible, pero no la única explicación. El Estado tiene que asumir el control del orden público no solo en sentido policial y militar, sino en sentido social.

Como decía el maestro Echandía, el orden público también se afecta por los desajustes económicos y sociales. No puede argumentarse frente a los crímenes solo que se trata de luchas entre bandas por el control de las rutas del narcotráfico, pues la Fuerza Pública no puede ser un simple espectador: también está instituida para que aun los delincuentes no se maten entre sí, mucho más para que sus rencillas no afecten a la población civil inocente.

En situaciones como la del Chocó, después de acaecidos los hechos criminales carecen de sentido los consejos de seguridad y las visitas de las autoridades para ofrecer recompensas –al parecer inútiles– y anunciar transitorios aumentos de unidades policivas y militares.

¿Dónde está la clase política del Chocó, otrora representada por figuras nacionales como Diego Luis Córdoba? ¿Dónde están las dependencias nacionales? Entre tantos candidatos y ‘candidotes’, ¿quién puede plantearle al país un programa real de recuperación del Chocó?



Conversaciones que inspiran y guían

Mauricio Rodríguez Múnera*

Lecciones de liderazgo

En colaboración con Usaid y Acdi/Voca, tuve la oportunidad de entrevistar en los pasados 6 meses a 24 líderes de nuestro país, para el programa *Somos parte de la solución* –difundido a través de las redes sociales–. El objetivo de estas conversaciones fue el de aprender y compartir lecciones de liderazgo de hombres y mujeres de diversas partes de Colombia, de diferentes edades, razas y condiciones socioeconómicas, laborando en distintos tipos de actividades. Lecciones que inspiren y guíen a muchos otros líderes que día a día construyen una mejor sociedad para todos. Esto –presente en todos o en muchos de los casos– fue lo mejor que encontré:

Tienen vocación de servicio. Noté un genuino deseo de contribuir al bienestar de sus comunidades, no un afán de protagonismo personal ni de acumular fama, poder o dinero. Sin falsa humildad, entienden muy bien que el liderazgo es una herramienta para impulsar el progreso social, no un instrumento para alimentar su ego.

Establecen conexiones humanas. Son personas que escuchan con atención, respeto y mente abierta a la gente a la que sirven. Logran conectarse no solo con lo que esas personas piensan, sino además con lo que sienten –sus emociones positivas y negativas–. Y comunican de manera clara e inspiradora sus ideas y sus sueños.

Son hábiles arquitectos. Han aprendido que los pilares sobre los que deben armar sus proyectos son la confianza y la credibilidad. Cimientos que se elaboran con paciencia, paso a paso, con demostraciones cotidianas de su transparencia e integridad.

Tienen una misión trascendental. Saben muy bien cuál es la razón de ser de su labor. No se proponen simplemente alcanzar unas metas específicas, sino transformar la forma de vivir de sus comunidades. Han comprendido que su tarea no puede limitarse a hacer unos cuantos aportes, sino a dejar una huella profunda y duradera. Esa misión especial en la que están embarcados les da ánimo para seguir adelante en los momentos más difíciles.

Son entusiastas. La raíz de la palabra ‘entusiasmo’ es griega –*en theos*, que significa ‘con Dios dentro de mí’. Es decir, con una energía muy particular, del orden espiritual –en el sentido más amplio de la palabra–. Tal energía les da fuerza para superar obstáculos que a primera vista parecen insalvables.

Solucionan problemas. No basta con tener buenas intenciones y otras cualidades personales si no se tiene la capacidad de convertir los sueños en realidad. Ejecutar los planes no es fácil, mucho menos en los entornos complejos y hostiles en los que operan muchos líderes –sobre todo los sociales–. Pero con buenas dosis de ingenio y pragmatismo logran materializar sus aspiraciones.

Arman equipos “extremos”. Robert Bruce Shaw escribió un estupendo libro sobre lo que hacen las organizaciones más exitosas de los años recientes. No tienen simples grupos de trabajo, sino verdaderos equipos en los que cada uno de los integrantes responde no solo por sus objetivos personales, sino que ayuda a los demás al logro de los suyos. A esa clase de equipos, el autor los denomina “extremos”.

Comparten el liderazgo. Según la naturaleza de los retos, estos líderes aprovechan las experiencias y los conocimientos de sus compañeros y les ceden temporalmente el mando para que dirijan el equipo, convirtiéndose en un apoyo a dicho líder circunstancial.

El objetivo de estas conversaciones fue el de aprender y compartir lecciones de liderazgo de hombres y mujeres de diversas partes de Colombia, de diferentes edades y condiciones socioeconómicas y distintas actividades.

Un país muy mal educado

El 28 de noviembre de 1980 recibí mi título de bachiller. A mis 16 años, yo era un muchacho despistado, que no tenía muy claro qué quería hacer en la vida, aparte de dibujar. Lo único que sabía a ciencia cierta era que dos días después me iba para el ejército, a prestar el servicio militar, cosa que en efecto sucedió y que, luego de un año, me sirvió para concluir que no hay mejor cama ni comida que las de la casa.

El día del grado, hace 40 años, se atropellaban en mi cabeza muchos recuerdos de mis vivencias en el Inem Francisco de Paula Santander (coloquialmente conocido como el Inem de Kennedy), ese colegio en el que viví experiencias únicas. Fue allá donde hice mis primeras caricaturas y recibí mis primeras clases de alemán; donde leí mis primeros textos de filosofía y economía y tuve mi primer noviazgo, bastante fugaz, por cierto; donde tomé mis primeras fotografías y donde tuve entrañables amistades. De hecho, fue allí donde conocí a Gustavo del Castillo, quien se convirtió para mí en un hermano.

Aunque el Inem quedaba a una hora en bus desde mi casa de Chapinero, era un colegio al que yo iba feliz día tras día, así me tocara atravesar media ciudad, porque era un lugar espacioso, con una amplia biblioteca, un moderno laboratorio de idiomas, completos equipos para los experimentos de química, canchas de fútbol y básquet y gimnasios con una moderna dotación. Además, tuve unos profesores maravillosos, que no



Punto y aparte

Vladdo

solo nos daban unas clases sino que nos ayudaban a forjar un pensamiento crítico, a analizar la realidad y a comprender mejor la sociedad. En resumen, eran maestros que informaban pero que también formaban.

Por eso hoy, cuando se habla tanto de reorientar la educación primaria y secundaria, de explotar las aptitudes, los gustos y las capacidades de los jóvenes, de prepararlos desde el colegio para que salgan del bachillerato con alguna formación técnica o semiprofesional, de darles herramientas para su inserción en el mercado laboral y se presentan otras iniciativas que nos pintan como ‘novedosas’, me atrevo a decir que en el fondo ninguna de estas teorías tiene mucho de nuevo. Es más: en el caso de la educación pública, al oír las quejas de alumnos, padres de familia y maestros, todo parece indicar que en vez de avanzar retrocedemos.

Según un informe publicado por este diario hace unos días, “Colombia se encuentra entre los países

con peor nivel de inglés en el mundo”, noticia que no debería sorprendernos, ya que el problema no es solo con el inglés, sino con la educación en general. De hecho, el año pasado seguíamos de coleros en los registros mundiales de las pruebas Pisa (puesto 58 entre 79 países evaluados) y en la Oede ocupamos hoy el penúltimo lugar, superando apenas a México.

Por supuesto, el fenómeno no es nuevo y cada vez que se conocen estos datos el gobierno de turno sale a decir que estamos menos peor que hace X o Y años, que la situación aquí es mejor que en tal o cual país y que ahora sí se van a poner las pilas para “enfrentar los retos que tenemos por delante”, que van a seguir aumentando el presupuesto destinado a la educación, etcétera... En fin, promesas y buenos propósitos que se quedan nada más en los anuncios.

Y si en las aulas de secundaria las notas van mal, en las universitarias tampoco es que haya motivo como para echar voladores. En el escalafón de las mejores universidades del mundo, divulgado el mes pasado por la firma QS Quacquarelli Symonds, las colombianas mejor ubicadas son la Universidad de los Andes, en el puesto 227, y la Universidad Nacional, en el 259, clasificación que más allá de representar un evidente motivo de preocupación debería llevarnos a replantear todo lo que se está haciendo en este aspecto, ya que es evidente que la educación en Colombia deja mucho que desear.